

La Pasión de Cristo, núcleo y clave del Evangelio

Pablo Alonso

Centralidad de la pasión pese a todo

“**L**os evangelios son en el fondo historias de la pasión con una introducción detallada”¹. Aunque pocos hoy suscriban tal cual estas palabras, nos ayudan porque ponen de relieve la centralidad de la pasión en los relatos de la vida de Jesús. Las horas que transcurren desde la última cena hasta su muerte en la cruz, menos de un día en total, son las descritas de manera más pormenorizada. La tradición evangélica ha querido fijar la memoria de esos acontecimientos pero sobre todo darles un sentido. Sin duda el gran desafío que tuvo que afrontar la primera generación de seguidores de Jesús fue explicar la cruz: cómo era posible afirmar a la vez que Jesús de Nazaret era el Mesías e Hijo de Dios y que había muerto en la cruz rechazado por las autoridades religiosas y civiles de su tiempo. De ahí la hipótesis de que dentro del proceso de composición de los evangelios el relato de la pasión fue probablemente lo primero en ser redactado y que circuló de manera independiente.

Las dificultades culturales y teológicas eran de primer orden. Por un lado la ley judía declaraba malditos a los crucificados (Dt 21,23, cf. Gal 3,13) y por otro la cultura mediterránea del siglo I, basada como estaba en los valores de honor y vergüenza, despreciaba la humillación y ejecución públicas. A los ojos de sus contemporáneos Jesús crucificado era alguien cubierto de deshonor y desgracia al haber sufrido la afrenta física sin capacidad de respuesta. Había perdido su reputación². San Pablo lo expresa abiertamente: “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, y necedad para los gentiles” (1 Co 1,23).

¹ Cf. M. KÄHLER, *Der sogenannte historische Jesus und der geschichtliche, biblische Christus*, Leipzig 1896, 80.

² B. J. MALINA, *El mundo del Nuevo Testamento. Perspectivas desde la antropología cultural*, Estella 1995, 45-75.

Con todo, aunque resultara difícil, no se ocultó. Además de en los evangelios, se proclama al crucificado y la muerte violenta de Jesús en otros lugares del Nuevo Testamento (NT), especialmente en el corpus paulino, y se les busca una explicación. No ha sido la última palabra, la cruz ha dado paso a la resurrección y en la cruz hemos sido reconciliados (1 Co 1,23; 2,8; 2 Co 13,4; Gal 6,14; 1 Tes 2,15; Hch 2,23.36; 3,15; 4,10; Ef 2,16).

Pasión vinculada a la vida y ministerio de Jesús

Es preciso señalar que la centralidad de la pasión no significa que se presente separada o aislada del resto de la vida de Jesús. Todos los evangelistas subrayan esta unión entre la vida y el destino de Jesús. Su muerte es consecuencia de su ministerio.

Los sinópticos, con las particularidades de cada evangelista, revelan cómo ya desde los inicios Jesús ha encontrado oposición y en concreto hay quienes tienen intención de matarlo (Mc 3,6; Mt 2,13; 12,14; Lc 4,29). En particular, los tres anuncios de la pasión que jalonan la vida pública de Jesús (Mc 8,31; 9,31; 10,32-34 par.) reflejan que Jesús cuenta con su muerte y pese a lo que sería esperable o lógico no la rehúye sino que la asume y la enfrenta.

Por su parte San Juan, sin anuncios de la pasión, presenta junto a escenas de conflicto en que quieren matar a Jesús (5,18; 7,1.19.25; 8,37.40; 11,8.53) tres prolepsis que atraviesan la primera parte del evangelio en torno a tres términos: la hora, que llega con la pasión (2,4; 7,6.30; 8,20, cf. 13,1); la elevación, que es la cruz (3,14; 8,28; 12,32-34), y la glorificación (7,39; 8,54; 11,4; 12,16.23.28), ligada también a la cruz. Especialmente densa resulta la concentración en los capítulos 11 y 12. El pasaje de Lázaro recuerda la muerte y resurrección de Cristo y concluye con la sentencia de muerte contra Jesús (11,47-53). Por su parte la unción indica que la muerte de Jesús tendrá buen olor; la entrada triunfal subraya el tema de la realeza, y la llegada de los griegos trae conceptos como hora, glorificación, elevación, juicio, y el grano que muere que evocan la cruz. San Juan invita así al lector a que haga de la muerte de Jesús la perspectiva determinante de lectura³.

Cuatro relatos de una misma pasión

Los cuatro evangelistas, además de coincidir en la atención prestada a las últimas horas de Jesús y en vincularlas a toda su vida, presentan la

³ J. ZUMSTEIN, *L'évangile selon Saint Jean (13-21)*, Ginebra 2007, 191.

misma serie de acontecimientos: cena, arresto, comparecencia ante las autoridades judías y ante Pilato, ultrajes y torturas, crucifixión y muerte, sepultura. En los cuatro casos la pasión es fundamental para la comprensión de la obra: en estos capítulos finales se resuelve la trama de cada evangelio, terminamos de descubrir quién es Jesús y qué le ocurre.

Ahora bien, la narración de cada evangelista sigue un modo propio que responde a su proyecto literario y teológico. Cada uno muestra sus propios matices en la pasión como en otros aspectos de la vida y obra de Jesús. Captarlos y entenderlos nos permite reconocer la riqueza y particularidad de cada evangelio resistiendo toda tentación a uniformizarlos u homogeneizarlos. Por un lado el Evangelio es uno, el de Jesucristo, la Buena Noticia que Jesús nos trae de parte de Dios. Por otro, el Evangelio es plural, es “según”, en la pasión como en la vida pública. Resulta necesario entonces recuperar la lectura particular de cada evangelio.

A la hora de presentar los relatos de la pasión aceptamos como marco de referencia la teoría de la doble fuente como explicación sobre el origen y la relación de los evangelios sinópticos. Marcos habría sido el primer evangelio en ser escrito y habría servido como fuente para Mateo y Lucas. Éstos, además, habrían utilizado una colección fundamentalmente de dichos de Jesús conocida convencionalmente como la fuente Q que explicaría las semejanzas entre ambos pero no con Marcos. Por su parte, Juan habría podido compartir con ellos tradiciones pero no habría tenido conocimiento de ninguno en su forma actual. Seguiremos este orden genético en nuestra exposición.

Pasión según san Marcos (14,1–16,8)⁴

A partir de 14,1 se acerca la Pascua y se nos revela abiertamente la intención de los sumos sacerdotes y escribas de matar a Jesús. Marcos contrapone la actitud de la mujer de Betania y la de Judas, uno de los Doce: ella le entrega todo a Jesús frente a Judas que quiere entregarlo a sus enemigos. Comienza a verificarse lo que Jesús había anunciado en el camino a Jerusalén y él lo sabe (14,1-11).

Marcos acentúa el dramatismo de las negaciones de Pedro: Jesús confiesa su identidad, él niega conocerlo

⁴ Puede consultarse entre otros, C. FOCANT, *L'évangile selon Marc*, París 2004, *ad loc.*

En 14,17 da inicio el último día de la vida de Jesús (hasta 15,39), contado más en detalle al igual que el primer día de su ministerio en Cafarnaúm (1,21-38). El papel que juegan los discípulos a lo largo de estos dos capítulos es más bien negativo, una vez que han preparado la Pascua como Jesús les pide (14,12-16). Durante la cena llega el doble anuncio de la traición que precede (14,17-21) y sigue (14,26-31) a la institución de la eucaristía (14,22-25): “uno de vosotros”, “todos”, “Pedro”, nadie va a quedar libre de traicionar a Jesús. Pese a la actitud de quienes le rodean Jesús va adelante con su entrega expresada en el don de su cuerpo y su sangre a sus discípulos. Los gestos que realiza con el pan son los mismos que realizó en las dos multiplicaciones (cf. 6,41; 8,6).

La distancia entre Jesús y sus discípulos comienza a hacerse patente en Getsemaní (14,32-42). Mientras Jesús siente pavor y angustia y entra en oración, ellos duermen, empezando por Pedro, Santiago y Juan, distinguidos en la casa de Jairo y en la Transfiguración (cf. 5,37; 9,2). El arresto es precipitado por Judas (14,43), y al final “todos lo abandonaron y huyeron” (14,50). Los llamados a estar con Jesús lo abandonan, aunque paradójicamente su autoridad quede reforzada al cumplirse sus predicciones. Jesús permanece pasivo de manera voluntaria a partir de su arresto (14,46) que acepta junto con sus consecuencias y que entiende como de acuerdo con las Escrituras (14,49b) y por tanto como voluntad de su Padre (cf. 14,36.39). Por eso se somete a los otros, sin oponer resistencia (14,42.48-49a) y apenas pronunciando tres frases más (14,62; 15,2.34). Él es la víctima. La acción se genera fuera de él, pero Jesús avanza hacia su objetivo.

A través de una construcción en sándwich (14,53-65.66-72; 15,1) Marcos acentúa el dramatismo de las negaciones de Pedro: al mismo tiempo que Jesús está confesando delante del sumo sacerdote su identidad como Mesías e Hijo del hombre (14,61-62) Pedro niega conocerle fuera. En el resto del evangelio los Doce no vuelven a aparecer y sólo tenemos ante nuestros ojos una serie de personajes secundarios que se convierten en modelos para los lectores. Primero, Simón de Cirene, padre de Alejandro y Rufo (15,21), que en una escena en clave de seguimiento carga con su cruz (cf. 8,34). Su nombre e identificación que concentra claves judías, de la diáspora, Grecia y Roma, está cargada de simbolismo e impulsa a la audiencia a la identificación con él (15,21). Segundo, el centurión, el primero en confesar la profundidad de la identidad de Jesús como Hijo de Dios (15,39). En tercer lugar, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé, que aunque miren de lejos a la cruz, han seguido y servido a Jesús desde Galilea (15,40-41.47), y por

último José de Arimatea que se arriesga a pedir el cuerpo de Jesús y le da sepultura (15,42-46).

Pasado el sábado, de madrugada el primer día de la semana, las tres mujeres van a la tumba, la encuentran vacía y reciben el mensaje del joven vestido de blanco: “No os asustéis; buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí... pero id y decid a sus discípulos y a Pedro: ‘Él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, tal como os dijo’” (16,6-7). Su anuncio pone de manifiesto que no se puede comprender del todo quién es Jesús sin pasar por la cruz. Aunque la resurrección sea la última palabra, la pasión es momento fundamental del proceso de conocimiento del Señor, el crucificado, y por tanto está llamada a serlo de la experiencia del seguimiento por parte del discípulo que es invitado a reemprender de nuevo el camino de Jesús que entraña cargar con la cruz (cf. 8,34). Por otro lado sorprende que Pedro sea nombrado al final y no incluido en los discípulos: ¿ha dejado de serlo? La crisis ha sido real pero más importante es saber que él como los otros va a tener una nueva oportunidad. Jesús sigue contando con ellos, de manera gratuita, más allá de lo que hayan hecho.

Pasión según san Mateo (26,2–27,66)⁵

La narración arranca en 26,2 y Mateo sigue fundamentalmente a Marcos, con algunas modificaciones en forma sobre todo de añadidos. Mateo inicia con tres pinceladas propias: el nombre del sumo sacerdote, Caifás (26,3); la oposición de los discípulos y no sólo de “algunos” al gesto de la mujer de Betania (26,8) y el precio de la traición de Judas, 30 monedas de plata (26,15). Durante la cena el evangelista concreta la predicción de la traición de Judas: Judas pregunta y Jesús le descubre (26,25).

En el episodio del arresto queda subrayada la soberanía de Jesús por medio de dos elementos: las palabras de Jesús a Judas “amigo, a lo que vienes” (26,50) y también la referencia al posible recurso al Padre y sus legiones de ángeles. Todo ocurre para que se cumplan las Escrituras, idea repetida en este pasaje (26,54.56) y reiterada a lo largo de todo el evangelio.

Mateo añade la escena de la muerte de Judas (27,3-10), cuya decisión final contrasta con la reacción de Pedro (26,75). Con todo, hay que

⁵ Como complemento cf. U. LUZ, *El evangelio según San Mateo*, v. 4, Mt 26-28, Salamanca 2005, *ad loc.*

*Mateo refuerza su
cristología de Hijo de
Dios y refleja el
conflicto con el
judaísmo de su tiempo*

recordar que la versión mateana sobre el fin de Judas difiere de la de Lucas (Hch 1,18-19) y también de la de Papías transmitida por Apolinar de Laodicea en el s. IV. En la comparecencia de Jesús ante Pilato (27,11-30) Mateo realiza una triple inserción: Barrabás es un prisionero famoso pero no un asesino; aparece la mujer de Pilato vinculada con temas mateanos como el de Jesús, hombre justo, y la revelación en sueños, y, por último, Mateo carga las tintas contra los judíos pues frente a Pilato que declara inocente a Jesús y se lava las manos, el pueblo grita a una: “¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!” (27,24-25).

En la escena de la crucifixión Mateo introduce el tema de Hijo de Dios como motivo de burla y desafío (27,40-43), aunque mantiene el reconocimiento por parte del centurión. También añade una serie de sucesos (terremoto, regresos a la vida, etc.) tras la muerte de Jesús (27,51-53) que pueden evocar los portentos que refiere Flavio Josefo a propósito de la destrucción del templo en el año 70 o quizás estén basados en material apocalíptico sobre Ez 37. Todo apunta a que la muerte de Jesús hace posible la resurrección de otros. Finalmente Mateo inserta la guardia judía junto al sepulcro (27,62-66). Con ello pretende neutralizar la hipótesis del robo como explicación de la tumba vacía.

En conjunto Mateo permanece muy cercano a Marcos. Sus inserciones, además de proporcionar algunos detalles, refuerzan su cristología de Hijo de Dios y también reflejan el conflicto que la comunidad mateana vivía con el judaísmo de su tiempo. Alguna nota antijudía como la de 27,25 parece olvidar incluso que Jesús fue judío.

Pasión según san Lucas (22,1–23,56)⁶

El tercer evangelista manifiesta también su propia personalidad a lo largo del hilo narrativo. En la cena, por ejemplo, las palabras sobre el pan y el vino se acercan más a la versión paulina que a la de Marcos y Mateo (cf. 1 Co 11,23-26). Además Lucas extiende el discurso de Jesús incorpo-

⁶ Para completar, véase J. A. FITZMYER, *El Evangelio según Lucas*, v. 4, Lc 18,15-24,53, Madrid 2005, *ad loc.* o F. BOVON, *El evangelio según san Lucas*, v. 4, Lc 19,28-24,53, Salamanca 2010, *ad loc.*

rando sus palabras contra la ambición que Marcos y Mateo traen en el camino a Jerusalén (22,24-30). Crea así un breve discurso de adiós, género conocido tanto en la literatura judía como en la helenística propia de sus destinatarios.

La escena del huerto (22,39-46) se convierte en una exhortación a orar, un tema que Lucas desarrolla en su evangelio más que ningún otro evangelista. En el arresto es el único en afirmar que Jesús cura al criado del sumo sacerdote al que se le corta la oreja y omite que todos los discípulos huyeron (22,47-53). En las negaciones Pedro ni jura ni maldice y el Señor le mira, y al narrarlas antes que el interrogatorio por parte del Sanedrín, permite que Pedro acompañe ya arrepentido a Jesús en la pasión (22,54-62). Abrevia por su parte la escena ante el Sanedrín, omitiendo toda referencia al templo (22,66-71).

En lo que sigue Lucas conecta mejor la acusación de ser Mesías con la de ser rey, como luego en la cruz las vinculará en las tentaciones (23,2.35-36); hace afirmar a Pilato tres veces que no ve delito en Jesús ni tampoco Herodes (23,4.14-15.22), y omite sorprendentemente toda referencia a la flagelación y a la coronación de espinas. Camino del calvario introduce la multitud con unas mujeres que siguen primero a Jesús y luego se lamentan junto a sus conocidos (23,27-31.48-49). En la escena de la cruz desarrolla la presencia de los dos bandidos y retrata a uno como bueno, siendo ocasión para la misericordia de Jesús (23,39-43) e inserta dos frases de Jesús, además de eliminar su grito “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Jesús se dirige al Padre para pedir que perdone a los que lo matan y para ponerse en sus manos (23,34.46). Su muerte es más serena y sus últimas palabras como las primeras en el tercer evangelio son referidas al Padre (23,46, cf. 2,49). En la sepultura Lucas aclara que José de Arimatea no ha tenido nada que ver en la muerte de Jesús (23,51).

En conjunto, percibimos cómo Lucas subraya la misericordia y serenidad del Señor; mejora la imagen de los discípulos que aparecen más cerca de Jesús si lo comparamos con Marcos, y está siempre atento a sus destinatarios de cultura pagana, dejando claro que Pilato no condena a Jesús, que los romanos no lo azotan, que el centurión lo declara inocente (23,47) y haciendo comprensible el relato eliminando las referencias al templo y aclarando el significado de Mesías.

Lucas subraya la misericordia y serenidad del Señor, y está siempre atento a sus destinatarios de cultura pagana.

Pasión según san Juan (13,1-30 y 18,1-19,42)⁷

El comienzo del llamado libro de la gloria (13,1-3) es muy solemne: ha llegado la hora, Jesús sabe que todo está en sus manos, que viene de Dios y a él vuelve, y ama “hasta el final” (*télos*), raíz que es recogida en el “todo está finalizado” (*tetélestai*) de la cruz (19,30).

La escena del lavatorio (13,1-20) es una metáfora del amor gratuito y total de Jesús en la cruz que recibe una doble interpretación. La primera, dada a Pedro, es cristológica: sólo quien acepta la partida del Jesús terrestre puede encontrarse con Cristo exaltado. La segunda es ética y eclesiológica: Jesús ha realizado un signo que es necesario imitar. El tema de la traición que ya había aparecido en el lavatorio se concreta ahora (13,21-30). Queda patente la omnisciencia de Jesús y la incomprensión de los discípulos. Judas es casi enviado por Jesús y la comunidad queda bajo el signo de la falibilidad. A Jesús lo entrega un discípulo, no un enemigo, pero nada sabemos de sus razones, ni de las consecuencias. En contraste emerge la figura del discípulo que Jesús quería (13,23). Personaje anónimo será modelo de discipulado en todo lo que sigue.

A continuación Juan trae los discursos de adiós (13,31-14,31 y 15,1-16,33) y la oración de Jesús (17) cuya presentación desborda estas líneas. Los discursos son los mejores representantes en el NT del género ya mencionado. Suponen una relectura y una profundización de la identidad de Jesús, de la relación con sus discípulos y de la relación de ellos entre sí, y sobre todo permiten a Jesús introducir al Paráclito, otro paráclito, que continuará tras su partida la revelación del Padre y del Hijo.

La pasión propiamente dicha cubre los caps. 18 y 19 y Juan la estructura en cinco escenas que agrupa en tres grandes momentos: el arresto, la casa de Anás y las negaciones de Pedro hasta el alba (18,1-27); el juicio ante Pilato del alba al mediodía (18,28-19,16a), y crucifixión y sepultura por la tarde (19,16b-42). No trae la oración del huerto que hay que ver anticipada en 12,27-28. Para Juan la pasión no es el lugar del abajamiento, ni del sufrimiento o abandono. La pasión es la culminación de la revelación, el retorno al Padre. Es la glorificación. El Cristo crucificado es un Cristo victorioso. Podemos señalar cinco claves:

– La primera es la soberanía de Jesús, que mantiene la iniciativa, expresando así su voluntad de entrega (cf. 10,18). En el arresto no sufre tanto como actúa, identificándose él mismo y dejando marchar a sus discípulos (18,1-12); demuestra su superioridad ante el sumo sacerdote (18,13-23) y

⁷ Cf. J. ZUMSTEIN, *o. c.*, *ad loc.*

Pilato (18,28–19,16), y en la cruz revela su última voluntad, afirma que todo se ha cumplido y muere consciente de ello.

– La segunda, la realeza de Jesús: condenado, humillado, es el rey de Israel. Queda de relieve especialmente en el diálogo con Pilato del que la coronación de espinas ocupa el lugar central (19,1-3) y en el que los términos “rey” y “reino” resultan omnipresentes, y también en la sentencia en la cruz.

– La tercera es la clave pascual. Se conecta la muerte de Cristo con la muerte del cordero pascual: al datar la sentencia al mediodía cuando se sacrifican los corderos en el templo (19,14); por la referencia a la rama de hisopo (19,29), frágil e inútil para el cometido referido, pero sin embargo utilizada para marcar las puertas de los israelitas con la sangre del cordero en Ex 12,22, y por la interpretación de la lanzada (19,31-37). La cruz aparece como el nuevo acontecimiento liberador a imagen del éxodo de Israel.

– La cuarta clave es la del cumplimiento. Las palabras de Jesús “tengo sed” (19,28) y “todo está finalizado” (19,30) invitan a contemplar la cruz como lugar de cumplimiento, tanto en sentido cronológico como cualitativo. La muerte de Cristo es una ganancia, pues permite a la revelación alcanzar su plenitud. La sed sería para Juan expresión de un saber y una intención: “sabiendo que todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura”. Evocaría el final del arresto en 18,11: “¿No voy a beber la copa que me ha dado mi Padre?” y expresaría el deseo de Jesús de cumplir la misión de su Padre.

– Por último, el significado de la muerte de Jesús es eclesiológico. Es la hora del nacimiento de la Iglesia. La túnica sin costura simboliza su unidad (19,23-24), se constituye la comunidad con la madre de Jesús y el discípulo amado (19,25-27), se derrama el Espíritu (19,30), de su costado brotan el bautismo y la eucaristía (19,34). Juan nos revela que el sufrimiento es fecundo. Jesús lo pierde todo, pero sus pérdidas dan fruto. En su misma sepultura surgen dos nuevos discípulos (19,38-42). La muerte de Cristo tiene un efecto creador y salvador. Esta clave eclesiológica reaparecerá en las apariciones a los discípulos.

Conocimiento de Jesús y experiencia de Dios en la pasión

Tras este recorrido, y como anticipábamos más arriba, es patente que sin la pasión nos quedaría un Jesús incompleto. Necesitamos la pasión para ter-

Para Juan la pasión no es el lugar del abajamiento. El Cristo crucificado es un Cristo victorioso

minar de conocerle, su persona y su proyecto. Las últimas horas de la vida de Jesús nos descubren el sentido global de su existencia como entrega hasta el final en favor de todos, la hondura de su relación con el Padre, su coherencia de vida y su servicio de reconciliación.

Juan nos enseña que la muerte de Jesús posibilita el final de la revelación. En la pasión y muerte de Jesús acabamos de conocerle a él y él termina de revelarnos el amor del Padre. Un amor que es real porque afronta el mal y confronta todo aquello que nos hace sufrir: la soledad, el abandono, la traición, el dolor físico, la humillación, la manipulación, la violencia, la muerte. Todo lo atraviesa Jesús amando y nos abre un camino hacia la vida. Siguiéndole

El velo del santuario se rasga: nada es opaco a Dios, ni siquiera el sufrimiento y la muerte

podemos vivir la vida plenamente y no sólo parte de ella, obligados a renejar o huir de lo que nos hace sufrir.

Al contemplar a Jesús que padece el sufrimiento y la muerte se abre ante nosotros un nuevo horizonte. Muerte y dolor no son ya la negación o la ausencia de Dios sino que nos hablan de un nuevo modo de presencia. Los sinópticos narran que el velo del santuario se rasga (Mc 15,38 par.). Dios ya no está confinado en un lugar supuestamente sagrado sino que toda la realidad, también la más ambigua y maldita de la injusticia y la muerte, posee la huella de su presencia. Nada es opaco al Dios que es amor. Es posible buscarle y hallarle en todas las cosas.

La pasión y nuestra vida cristiana

Al embarcarnos en el camino de acompañar a Jesús se nos revela que él nos acompaña a nosotros. Su conflicto es también el nuestro. Juan ya lo intuyó cuando hace a Anás interrogar a Jesús sobre su enseñanza y sus discípulos y no sobre su mesianismo o el templo (18,19). Su pasión nos conforta. Nos ofrece compañía y comprensión donde antes no había sino oscuridad, y nos abre al sentido de la fidelidad en el amor y el servicio.

En Jesús Dios se hace solidario con nosotros que sufrimos y con toda la humanidad sufriente y abandonada, en la que está nuevamente encarnado. Pasión de Cristo, pasión del mundo. En el hambriento, el sediento, el emigrante, el indigente, el enfermo, el preso, en toda persona crucificada, está Jesús (cf. Mt 25,31-46). Somos enviados a acompañar a quienes sufren. Inspirados por el “Servicio Jesuita a los Refugiados” que desde la cercanía a los refugiados y desplazados nos ha mostrado la conexión entre acompañar, servir y defender, somos enviados también por Jesús a servir y defen-